



Madrid 8 de Marzo de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Los cuatro elementos : La Tierra , por don Juan Cuesta.—La Caridad [poesía] , por don Rafael Blasco.—El abordaje . por don José M. de Larrea.—La máscara negra [conclusion] , por doña Angela Grassi.—Pico , pico , á ver si me pongo rico , por Fernan Caballero.—La Manirota.—El vaso de la Madre de Dios , por B.

GRABADOS. La Tierra.—Un abordaje.

LICEO DE LOS NIÑOS.

VIII.

LOS CUATRO ELEMENTOS.

La tierra.



VAMOS á considerar hoy la tierra bajo un punto de vista nuevo en nuestros estudios. Vamos á considerarla como madre de todo sér viviente; como depositaria de los gérmenes de todas las especies así animales como vegetales que cubren su superficie; como nodriza generosa que saca de sus entrañas el alimento necesario á la existencia de todos sus hijos.

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

Bajo este punto de vista , la tierra es el primero y mas principal de todos los elementos , y el que mejor se presta á la admiracion de los hombres.

Si tomamos un puñado de tierra y la sometemos á un exámen minucioso , apenas encontraremos mas que granos homogéneos de una materia oscura compuesta de porciones de arena, residuos de vegetales , y piedrecillas rústicas mezcladas al azar, y al parecer sin prévio designio. La mayor ó menor proporcion en que se encuentran estas arenillas y residuos vegetales , le dan un color mas ó menos pardusco, rojizo ó blanquecino , y esto es todo lo que el exámen físico encuentra en aquella porcion de materia grosera é inerte.

Núm. 9.^o

Si poco satisfechos de este reconocimiento la sometemos al análisis químico, encontraremos que despues de muchas pruebas, el puñado de tierra se reduce á alguna docena de sustancias elementales, que entran en su composición como entran igualmente en la de casi todos los demas cuerpos de la naturaleza.

Semejante descubrimiento, por mas que venga á demostrarnos que la tierra no es una sustancia simple, sino compuesta de varias; nos deja en la mas completa ignorancia respecto de los misteriosos arcanos que se verifican

ra, veremos á su tiempo brotar infinidad de plantas y pequeños arbolillos, todos diferentes y tan variados como fueron los granos de la sementera. No haya miedo que la tierra se equivoque y produzca una amapola donde sembramos la cereza, ni un olivo donde pusimos el grano de avena. Cada simiente dará su planta, y cada planta sacará de la tierra aquella sustancia que necesita para formar su fruto.—Las raices de cada una, sin saber química ni física, sabrán, sin embargo, escoger de la tierra el alimento que necesitan, y la tierra, por su par-



La Tierra.

en el interior de esa porcion de polvo al parecer tan despreciable; de ese maravilloso elemento que de su simplicidad grosera sabe sacar tantos y tan variados objetos.

Si en el estrecho recinto de un jardin arrancamos toda la maleza, removemos todo el terreno y lo preparamos para sembrar en él toda clase de plantas; si cogiendo al efecto el mayor número posible de semillas, mezclamos granos de trigo, cebada, avena, cañamones; si añadimos simiente de toda clase de flores, y hasta pepitas ó huesos de aceituna, cereza, ciruela, albaricoque, etc., etc., y todo sin orden ni concierto lo vamos desparramando por el suelo y cubriéndolo convenientemente de tier-

te, prestará á cada una el jugo que la conviene para su desarrollo. Ella les dará tallo, flores, aroma, color y frutos; á cada una el suyo sin confundirse ni mezclarse. Ella sacará los elementos para todas de aquellos groseros granos de arena oscuros y deformes, de donde el físico y el químico no supieron sacar mas que algunas sustancias elementales; siendo lo mas admirable, que despues de haber dado todo esto, se ha quedado como estaba antes de producirlo. Allí están los mismos granos de arena; allí están aquellas mismas piedrecillas que examinamos en un principio, dispuestas á repetir el experimento cuantas veces lo intentemos. Allí está para darnos cien granos de

trigo por cada uno que depositemos en su seno, un olivo entero por cada hueso de aceituna. Allí está para dar pasto á nuestros ganados, madera á la construcción de nuestros muebles; lino á la fabricación de nuestras telas, y todo lo necesario á nuestro sostenimiento.

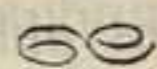
¿Y de qué manera se verifica este admirable fenómeno? ¿Quién escoje para cada semilla la sustancia que le conviene? ¿Quién preside á estas magníficas operaciones de la naturaleza? ¿Quién dirige este prodigioso laboratorio donde se fabrican objetos tan variados sin maestros ni oficiales, y donde salen productos tan grandes sin depósitos ni almacenes?

Vano es que la ciencia humana se afane en buscar esplicaciones satisfactorias de estos arcanos. Vano es que en las especulaciones de la química intente sorprender estos secretos misteriosos que se verifican en la naturaleza íntima de ese grano de arena que al parecer no consta sino de tres ó cuatro sustancias elementales. Por mucho que profundice en su análisis, por mucho que aumente la lista de su nomenclatura, siempre se quedará ignorante de la virtud de ese elemento maravilloso que saca de sí mismo la vida, la forma, y el alimento de ese número infinito de seres que cubren la superficie de la tierra, respondiendo cada uno á los altos fines de una providencia sábia y bienhechora, que bajo la apariencia mas sencilla nos ofrece las mas profundas pruebas de su poder, de su generosidad y de nuestra ruin pequeñez.

A muchas y mas largas reflexiones podríamos estendernos si los límites de nuestro periódico pudieran ensancharse á nuestro alvedrío; pero lo dicho es bastante para seguir reconociendo en la tierra un elemento de la naturaleza, prescindiendo de que la ciencia moderna, desentendiéndose de la doctrina antigua, haya descubierto que la materia sólida se compone de muchas y diferentes sustancias, en lo que estamos en la mas completa conformidad.

JUAN CUESTA.

LA CARIDAD. (1)



I.

—Madre, cuando al medio dia
En la solitaria aldea
La familia se sentaba
Al rededor de la mesa,
Una plegaria bendita
Sonaba junto á la puerta;
La voz de un triste mendigo
Que nos suplicaba, era.

Yo estaba junto á mi padre
Y tú, madre á mi derecha,
En frente mis hermanitos,
La santa paz donde quiera.

¿Qué cuadro de venturanza!
¿Te acuerdas, madre, te acuerdas?
Allí se hallaba la dicha,
Si hay dicha sobre la tierra.

Del pobre necesitado
La voz resonaba apenas,
Cuando la silla dejaba
Para acercarme á la puerta.

Ya era un anciano haraposo,
Ya una infeliz niña huérfana,
Ya una madre con su hijo
Que lloraba de miseria.

Dábamos al desgraciado
De nuestro pan sin vergüenza,
Y el mendigo bendecía
Humilde á la Providencia.

Despues tu voz resonaba
Diciendo de esta manera:
—«El pobre es hermano nuestro,
Hijos, no tengais soberbia,
Que nadie el destino sabe
Del hombre sobre la tierra;
Sed siempre caritativos
Que Dios la limosna premia.»

II.

—En la ciudad populosa
Nadie á nosotros se acerca
A pedir una limosna
Cuando estamos á la mesa.

[1] El autor de estos versos no pretende atacar la humanitaria institución de los asilos de mendicidad, ni la justa vigilancia que las autoridades deben ejercer para que no se confunda el vago con el verdadero necesitado; lo que lamentamos es que en algunos puntos se pretenda suprimir por completo á los pobres: para que esto fuera realizable habia que empezar por suprimir la pobreza.

¿No hay aquí necesitados?
 —Ay, hijo, mas que en la aldea.
 —¿Por qué no nos piden pan?
 —Porque eso un delito fuera.
 —Delito cruzar las manos!...
 Delito llorar de pena!...
 —Así lo quieren los hombres.
 —Muy mal los hombres lo aprecian.
 Volvamos, madre, otra vez
 A la morada paterna,
 Que es muy dulce consolar
 El llanto de la indigencia.
 Allí vendrá el desgraciado
 Sin temor á nuestra puerta,
 Y con él deividiremos
 El pan de nuestra pobreza.
 ¡La celestial caridad
 Cómo el corazon alegra!
 ¡Cómo arranca de los ojos
 Lágrimas dulces y tiernas!
 El anciano, el desvalido,
 La pobre madre, la huérfana
 Una limosna nos pide....
 ¡Caridad, bendita seas!

RAFAEL BLASCO.

UN ABORDAJE.

Nos hallábamos hace algunas noches en la tertulia de una rica familia habanera, que hace solo algunos meses que se halla en Madrid, y que recibe los jueves de cada semana á un corto número de amigos. Una encantadora confianza preside á estas reuniones, que pueden llamarse casi de familia, pues hasta toman parte en ella dos niños y una niña, hijos de la casa, y otros dos niños amiguitos de aquellos.

Toda esta parte infantil de la reunion se hallaba agrupada alrededor de un precioso velador maqueado, donde Félix, el mayor de los hijos de la casa, les enseñaba las estampas y dibujos de un lujoso album.

—Qué es esto? exclamó de repente Adolfo, uno de los amigos de Félix.

—Pues no ves que es un navío, le dijo Natalia.

—A mí me parece que son dos navíos, añadió Juanito, el hermano mas pequeño de Félix y de Natalia.

—Dos son, replicó Joaquin, primo de Adolfo; pero estos hombres que saltan de un buque al otro parece que se están peleando. Dínos lo que esto significa, Félix.

Félix se rascó la oreja con aire indeciso; ignoraba lo que significaba aquella estampa.

—Mi abuelo, dijo por fin, nos lo explicará.

Hay que advertir que su abuelo es siempre el mentor obligatorio de Félix, de Natalia y de Joaquin. Todo lo que estos niños ignoran es preciso que lo sepa él, y no podrian sus nietos comprender que dejara de saber absolutamente nada de lo que ellos le preguntaran. Verdad es que el abuelo, marino septuagenario que ha dado dos ó tres veces la vuelta á la tierra, encuentra siempre algo que contestarles que los deleita ó los instruye. Así fué que Félix se limitó á llamarle y á preguntarle con la mayor seguridad:

—Abuelito, qué es esto?

—Esta acuarela, dije yo, que me habia acercado tambien por curiosidad al grupo infantil, esta acuarela representa un abordaje; pero quizá este caballero ignore, como lo ignoro yo, si el hecho que presenta es real ó fingido.

—Oh! me respondió el abuelo; no es sino muy auténtico. Esta acuarela es una copia fiel de un cuadro del célebre pintor francés de marinas Teodoro Gudin, y puedo casi decir que he sido testigo presencial del hecho á que se refiere, supuesto que he asistido en la Habana, siendo muy jóven, al entierro de este bizarro general que se vé aquí con el sable en la mano dirigiendo el abordaje.

—Ah! cuéntenos Vd. eso por Dios, abuelito, exclamó Félix.

—Sí, sí, gritaron todos los niños en coro; cuéntenoslo Vd.

—Ea, pues, haced corro, dijo el abuelo.

Todos nos apresuramos á obedecerle, y digo todos, porque yo, lo confieso de buen grado, hice corro con los niños tambien. Entonces empezó el abuelo su relato.

Habia, nos dijo, en el año de 1804 una gran lucha en la parte francesa de la isla de Santo Domingo, entre los franceses que procuraban recobrar en ella su antiguo dominio, y los negros, que combatian por asegurar su emancipacion, auxiliados por los ingleses, que se hallaban entonces en guerra con la Francia. El éxito de esta campaña habia sido fatal para los franceses: el general Rochambeau habia tenido que capitular en el Cabo, y el general de brigada, vizconde Alejo de Noailles, que mandaba las tropas francesas occidentales, habia tenido que retirarse al fuerte de San Nicolás, donde se defendia valerosamente, resistiendo á los asaltos que incesantemente le daban los negros por tierra, y al mortífero fuego de la escuadra inglesa que le asediaba por mar. Cuando se supo la capitulacion del Cabo, el jefe de esta escuadra intimó al general Noailles la rendicion; pero el bravo general contestó que no se rendiria mientras le quedara un soldado; aunque conociendo la imposibilidad de sostenerse, ideó un medio tan hábil como atrevido de evitar una vergonzosa capitulacion.

Hizo entrar en algunos buques que tenia en el puerto á sus soldados y á los habitantes de la ciudad que quisieron seguirle , empezando por embarcar los heridos y enfermos; y mezclándose estos buques si-

dad la escuadra enemiga, se dirigió hácia la Habana, llegando ya á costear la Isla de Cuba. Pero entre tanto los ingleses se habian apercibido de la evasión, y sus buques se habian puesto á cruzar por todos par-



Un abordaje.

lenciosamente , en medio de una noche oscura , con los de la escuadra sitiadora , pudieron luego separarse de ellos , y haciendo vela hácia la Isla de Cuba llegaron á ella sin contratiempo.

El general Noailles se habia quedado el último, embarcándose en un brik con algunos de sus mas fieles soldados, y habiendo atravesado con igual felici-

tes: así es que el brik francés vió de pronto venir sobre él una corbeta inglesa, mucho mas fuerte y con mayor número de cañones.

El capitan del brik era de opinion que no quedaba otro partido que tomar que el de dejar ir el buque contra la costa y procurar salvarse en ella; pero el general Noailles, sin perder su serenidad, mandó hi-

zar el pabellon inglés, y tomando la bocina respondió á las preguntas del crucero que su buque se habia separado de la escuadra inglesa para perseguir al general Noailles, que se habia escapado con la guarnicion del fuerte de San Nicolás. Dijo esto con un acento inglés tan perfectamente imitado, que el capitán de la corbeta no tuvo inconveniente en manifestarle que él llevaba la misma mision, proponiéndole que navegáran juntos hasta dar cara á los buques franceses.

Pero mientras el capitán inglés hablaba, Noailles habia tomado rápidamente sus disposiciones, y abordando por un costado á la corbeta, favorecido por la oscuridad, se lanzó sobre el puente enemigo con unos treinta granaderos y un puñado de marineros. Los ingleses corren á las armas y se defienden, trabándose un horrible combate, segun manifiesta la estampa que teneis á la vista. La guarnicion de la corbeta y su estado mayor quisieron defenderse en el castillo de popa; pero atacados por los franceses á la bayoneta, tuvieron que rendirse, y á la mañana siguiente el buque inglés, con el pabellon de San Jorge abatido al pié del pabellon francés, entraba en el puerto de la Habana, llevando á remolque el brik vencedor, que habia quedado muy lastimado en el choque. Aquí teneis el hecho que me habeis pedido os explique, aunque no sé si al cabo de tantos años mi memoria me habrá hecho incurrir en algun ligero error.

—Debe ser cosa terrible un abordaje, dijo Félix; pero nos habia Vd. dicho que habia asistido al entierro de ese general.

—Es verdad; á consecuencia de las heridas que recibió en aquel combate, el general Noailles murió algunos dias despues, el 9 de Enero de 1804, si no recuerdo mal. Todos los franceses que habia en la Habana y una gran parte de la poblacion siguieron con sentimiento su cádaver á la última morada, y sus granaderos guardaron su corazon en una cajita de plata, que colocaron en su bandera.

—Pobrecillo, dijo Natalia, enjugándose los ojos con el pañuelo.

—Y sin embargo, observó Adolfo, es tan bonito este combate...

—Sí, respondió el abuelo, hay cosas que son muy bonitas... pintadas.

(Arreglo.)

JOSE M. DE LARREA.



LA MÁSCARA NEGRA.

[Conclusion.]

Como todo pasa en el mundo, aquel año, aunque muy triste para el pobre Mauricio, tambien llegó á su término; pero transcurrió sin que la mascarilla negra, como el zapatito del diablo, que figura en un cuento con el cual suelen adormecer á los niños, y que por lo tanto debeis saber, dejase de bailar un solo momento delante de sus ojos. Y aunque ni el mas pequeño incidente vino á revelar que no era una locura su esperanza, aunque se entregaba al sueño todas las noches lleno de desaliento y de tristeza, se despertaba al romper la aurora, halagado por mil bellas ilusiones, porque *ella* era el único nombre que podia darla; *ella* habia velado á la cabecera de su lecho y habia murmurado en su oido tan dulces palabras de consuelo y de esperanza, que su corazon palpitaba de entusiasmo.

—*Tal vez hoy, decia, tal vez hoy seré mas afortunado que ayer!*

Y vistiéndose con un ardor febril, se lanzaba á la calle, esperando divisar en cuantos pasaban á su lado algun misterioso emisario; creyendo sorprender en todas las indiferentes miradas que le dirigian, la revelacion apetecida.

Cuando habia recorrido apresuradamente varias calles, cuando se habia persuadido de que era mas que una locura, una necedad su esperanza, se dirigia lentamente al campo, y entonces, sentándose debajo de un árbol, entablaba una misteriosa plática con las flotantes nubecillas, con las aves que saltaban de rama en rama, con el límpido arroyuelo que se escondia entre las flores; porque en todas las voces de la naturaleza le parecia oír la voz amada; porque en las aguas y en el cielo le parecia, como á todos los amantes, ver reflejarse la predilecta imágen, solo que esta para él se reducía á un retazo de seda negra, pero mágica y fascinadora cual ninguna.

Y así pasaba las horas, hasta que sus ocupaciones le forzaban á abandonar la vaporosa region de los sueños, para circunscribirse al helado círculo de los intereses materiales. ¿Pero creéis que le dejaba descansar entonces su incansable pesadilla? Nada de eso! Mil veces, sentado gravemente delante de una interminable columna de guarismos, le acontecia que, al querer despejar una incógnita, trazaba en lugar de la x misteriosa la fatal careta, y entonces ya no habia medio de que pudiese llevar á cabo su operacion matemática.

En fin pasó, como os he dicho, el año, y llegó otra vez el Carnaval. Si habeis adivinado su apellido, hijas mias, sin duda recordareis haberle visto en los

bailes del Teatro Real, inmóvil, siempre en el sitio mas visible, siempre examinando con la misma angustiosa ansiedad las alegres máscaras que se agitaban en torno suyo. Mas, ay! habia tantas, tantas, y todas iguales!... El caso era para volverse loco!...

Por fortuna, como nada hay exactamente igual en este mundo, tampoco lo son las noches; así es que en la tercera, una graciosa mascarita se acercó tímidamente á él y murmuró en su oído una palabra que le hizo estremecer de gozo. Era ella!... Ella, como se le habia presentado el año anterior, como la habia visto siempre en sus sueños, amante, dulce y candorosa!...

Mauricio, embriagado de júbilo, la pintó su amor, sus dudas, sus interminables luchas; ella le habló de su indeleble recuerdo, de una pasión creciente, de un afecto inestinguible.

Y no obstante, cuando el enamorado jóven la renovó su proposición del año anterior, la máscara le contestó con tona firme y resuelto:

—Solo me casaré con una condición, y es, que no me quitaré la máscara hasta que haya terminado la sagrada ceremonia. Este no es un capricho, es una prueba de amor que exijo como garantía de mi felicidad futura.

Vanas fueron las súplicas de Mauricio, la máscara permaneció inflexible.

Sin embargo, como no queria que él abrigase ni el mas pequeño recelo con respecto á los motivos que podian inducirle á tener esta exigencia, le indicó un venerable sacerdote, amigo suyo, con el cual podia avistarse para tomar las informaciones que quisiera sobre las cualidades morales que la adornaban.

Os he dicho que el jóven estaba loco antes de volver á verla, y no debeis estrañar que acabase por someterse á su capricho.

El sacerdote á quien fué á consultar, le habló muy ventajosamente de las virtudes de su amada; pero no le dijo ni una sola palabra con respecto á su figura.

Llegó el instante de la ceremonia. ¡Cómo pintaros la angustia, la zozobra, la alegría de que á la vez era juguete el alma de Mauricio! Un sudor frio corría por su frente, su corazón palpitaba con violencia, y su voz, anudada en la garganta, no acertaba á formular aquel sí, que acaso debía labrar su eterna desventura.

Pero apenas lo hubo pronunciado, la fatal careta cayó al suelo, y el jóven, arrojando un grito de suprema alegría, corrió á estrechar entre sus brazos á la que acababa de hacer suya para siempre!... Porque Adela era niña, y bella!.. Bella como los ángeles del cielo!...

Habia querido demostrar evidentemente á las de su sexo que la hermosura del alma y los encantos de la instrucción pueden avasallar los corazones, sin el

auxilio de la frágil hermosura del semblante, y habia conseguido su objeto.

Si habeis visto en estos días de algazara, paseándose por el Prado, una graciosa pareja, era formada por mis dos protagonistas. Ambos eran bellos, ambos parecian embriagados de ventura. Ella llevaba un vestido de grós, color de perla, un albornóz negro y un sombrero blanco, caprichosamente adornado con una pluma azul; él no sé cómo vestía, pero puedo aseguraros que su figura era hermosa, noble y distinguida.

Me es ya permitido haceros su retrato, por cuanto ayer dieron un adiós á la corte, dirigiéndose á Cataluña, en donde los esperan los padres de la bella desposada, cuya fortuna es inmensa.

Serán felices? ¿Será fiel á tan adorable mujer, quien supo ser fiel á una careta? ¿Sabrá ella siempre mostrarse agradecida á un amor tan puro y delicado? Yo creo que sí, porque ambos dieron prueba de un noble desinterés, y por mas que diga el vulgo materialista, hijas mias, los negocios en que juegan las bellas cualidades del alma, siempre tienen un éxito dichoso.

ANGELA GRASSI.

PICO, PICO, Á VER SI ME PONGO RICO.

CUENTO POPULAR.

Habia una vez un molinero que tenia mucho afán por ser rico; así era que cuando se ponía á picar la piedra de su molino, repetía sin cesar al dar los golpes:

*Pico, pico,
á ver si me pongo rico.*

Acertó á pasar por allí el Rey, y le preguntó S. M. al molinero qué era lo que estaba diciendo, á lo que le contestó que con el afán que tenia de salir de pobre decia:

*Pico, pico,
á ver si me pongo rico.*

Regresó el Rey á su palacio, y mandó á hacer una torta muy grande, que hizo rellenar toda de monedas de plata, y se la envió al molinero.

Cuando el molinero la hubo recibido le dijo á su mujer: mandarémos esta torta á nuestro compadre, que nos favorece mucho y podrá favorecernos mas en adelante; y así lo hicieron.

Al cabo de unos días volvió el Rey á pasar por el

molino, y se encontró todo tan pobre y descuidado como estaba antes, y al molinero que estaba picando su piedra y diciendo:

*Pico, pico,
à ver si me pongo rico.*

—¿No recibistes, le preguntó el Rey, una torta que te mandé?

—Sí señor, contestó el molinero, pero ha de saber Su Real Magestad que tengo un compadre que me dá á mano y me favorece, y á fin de aumentarle la buena voluntad, se la mandé para que se la comiese á mi salud.

—Está visto, dijo el Rey, que el que nació para pobre por mas que pique no ha de salir de su estado! Sabrás hombre, que la torta que te mandé estaba rellena de monedas de plata.

El molinero al oír esto se desesperó, y se puso á arrancarse los cabellos.

—No te aflijas, le dijo el Rey, que te he de sacar de pobre ó poco he de poder

Dicho lo cual se volvió á su Real palacio y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Un año despues volvió el Rey á pasar por el molino y lo halló reedificado y todo compuesto y mejorado, pero cuando se acercó no halló al molinero y oyó que en la casa lloraban amargamente. Indagó la causa de esa afliccion, y supo que aquella noche habia muerto el molinero, con la particularidad de tener asido en la mano un papel que nadie le podia arrancar.

Entró el Rey en la estancia donde estaba el muerto, el que al acercarse el Rey soltó el papel.—Desdóblolo S. M. y vió que decia:

*Yo pobre lo quise,
Tu rico lo quieres,
Resucítalo si puedes.*

Este cuento, como otros muchos populares que os he referido, tiene, niñas mias, cual los otros un profundo sentido de religiosa moral. En el que acabais de leer está representada la codicia en el afan con que repite el molinero su *pico pico*, y la fortuna ó buena suerte en el Rey que ayuda al codicioso en sus deseos. Al fin aparece la divina intervencion en la muerte, herencia del hombre, que con su soplo frio desvanece los cálculos de los hombres y anula los dones de la fortuna.

FERNAN CABALLERO



LA MANIROTA.

Cuento de Grimm.

Habia una vez una jóven, que era muy bonita, pero muy descuidada y perezosa. Cuando la mandaban hilar, lo hacia con tanto disgusto, que en vez de desenredar los pequeños pelotones de estopa que se encuentran en el lino, los arrancaba á puñados y tiraba á un lado en el suelo. Su criada, que era una hilandera muy trabajadora, recogia todas estas pizcas de hilacha, las limpiaba, las hilaba muy finas y llegó á hacerse con ellas un hermoso vestido.

Un jóven pidió á la manirota para casarse, y ya iba á verificarse la boda. El dia antes la activa criada bailaba muy alegre con su vestido nuevo; la novia al verla se puso á cantar:

*Con los restos de mi hilacha
se ha arreglado la muchacha.*

El novio la preguntó lo que significaban estas palabras, y le contó que con el lino que ella habia tirado se habia hecho un vestido su criada. El jóven al ver esto, y conocer la pereza de la una y la laboriosidad de la otra, dejó á su novia y se casó con la criada.

EL VASITO DE LA MADRE DE DIOS.

Cargó una vez de tal manera un carretero su carro con vino, que no podia de ningun modo hacerle andar. Entonces se le presentó en el camino la Madre de Dios, y cuando vió la situacion del pobre hombre le dijo:—Estoy cansada y tengo sed, dáme un vaso de vino y haré andar á tu carro.—Con mucho gusto, contestó el carretero, pero no tengo vaso en qué poderte dar vino.—Entonces arrancó la Madre de Dios una florecita blanca con hojas encarnadas, llamó en su ayuda al viento, se abrió á manera de un vaso y lo alargó al carretero. Le llenó de vino, que bebió la Madre de Dios, y en el momento pudo echar á andar el carro. La florecita se llama todavía vasito de la Madre de Dios.

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42